DESPUÉS DE LA BATALLA

Carina Parramon

Capítulo 1

El polvo se le metía por la nariz y le producía ganas de vomitar. No sabía cuánto tiempo hacía que se había terminado la batalla, pero a juzgar por el silencio, debían de haber pasado ya algunas horas. Se oían gritos lejanos, señal de que los heridos ya habían sido llevados a la enfermería improvisada bajo la tienda del general. Los muertos no importaban a nadie, salvo a los buitres. Había empezado su festín.

Se sentía como si una horda de caballos enemigos le hubiese pasado por encima – y quizás esto era lo que había ocurrido – . Estaba rodeado de cadáveres romanos. No podía ver mucho con la cara pegada al barro, pero el olor a sangre no engañaba, lo conocía bien. La sangre igualaba los uniformes militares de los muertos de ambos bandos. No podía adivinar la gravedad de sus heridas, pero intuía que serían graves. El pronóstico podía ser peor si su ejército no había podido derrotar a los romanos. Eso acercaría su muerte inminente, la humanidad después de la batalla consiste en acortar el sufrimiento con golpes de gracia. La incertidumbre se le pegaba a las sienes con un repiqueteo incesante.

El inicio de la batalla había creado una nube de polvo intensa que quemaba las tráqueas de los guerreros. Las primeras filas de ambos ejércitos habían entrado en batalla provocando chispas con el choque de corazas y espadas. El ruido del metal había ahogado los gritos de guerra y el ritmo de las pisadas se había descompensado. Entonces llegó su turno y el de los que lo acompañaban en su unidad. Recordaba zafarse de varios enemigos y esquivar varios gladios romanos, pero al final había caído. Después, la oscuridad.

A juzgar por los destellos anaranjados que rebotaban en los cascos de los abatidos a su alrededor, el día estaba llegando a su fin. Debía de haber estado horas inconsciente y rezó a los dioses para que le encontraran. Cualquier situación habría sido mejor que despertar herido en el campo de batalla para presenciar su propia muerte. Quizá no le habían escuchado con el clamor de los gritos y las armas entrechocando, o quizá no eran tan buenos. Tampoco había sido tan piadoso durante su vida, y ahora se arrepentía. Quizá se reían de él esperando que lo encontrara un enemigo, o peor, un carroñero. Cerró los ojos, se quedó inmóvil y esperó.

Las estrellas empezaron a dibujar caminos en el cielo. No había nubes, eso le ayudaría. Ya había suficiente barro a su alrededor, formado por el polvo levantado en la batalla y la sangre vertida. El olor era dulzón y denso, olor a muerte, miedo y orín. Escondido en la oscuridad que le brindaba la noche, hizo un examen de su estado físico. Empezó moviendo los dedos de los pies dentro de las sandalias gastadas y polvorientas. Luego los tobillos y las rodillas. Parecía que podría caminar, se sentía vivo y aliviado. La cadera, sin embargo, le recordó que si seguía tirado en el suelo era por algo. Un dolor punzante y agudo le recorrió desde el muslo derecho hasta el último pelo de su cabeza. Ahogó un grito mordiéndose la lengua, y no la soltó hasta que notó un sabor metálico entre sus dientes.

Despacio, movió los brazos y el cuello, procurando no mover mucho el tronco. Se palpó el viejo uniforme rasgado que hacía unas horas había sido de vivos colores, aunque ahora era solamente rojo y marrón. Estaba húmedo y pegajoso en la parte de su muslo derecho, pero no había cortes, lo que indicaba que tampoco los había en su piel. Cerró los ojos unos minutos y los volvió a abrir para acostumbrarse a la oscuridad. Su casco tenía una abolladura del tamaño de una naranja en la parte trasera. Se lo desabrochó y lo dejó a su lado con cuidado de no hacer ruido. Parecía que al caer se había golpeado en la cadera con una piedra y en la cabeza con otra. O quizá le habían golpeado. Eso sólo lo sabían sus enemigos y no tenía intención de andar preguntando. Al fin y al cabo, lo más probable es que si había un culpable éste estuviera muerto.

Poco a poco, fue reuniendo fuerzas y lentamente consiguió poner las rodillas en el suelo y levantar su cuerpo, hasta quedar apoyado con sus manos en el barro. Los dedos se le hundían en la masa pegajosa y el barro se le metía por debajo de las uñas. Movió la cabeza para ver tanto como le permitía la oscuridad. Veía el cerro por donde había descendido la caballería romana recortado contra el tapiz del cielo delante de él. A sus pies, las hogueras indicaban que los enemigos habían ganado, y allí seguían acampados celebrando la victoria, honorando a Baco Las hogueras y los gritos levantaban columnas de humo y exceso que arrastraban el olor a carne asada hasta impregnar sus fosas nasales. Tenía hambre y sed.

Cuando miró hacia atrás, a su propio campamento, se mareó un poco. De repente el mareo dejó paso al amargo sabor de la derrota, que le bajó desde la garganta hasta su estómago. La rabia le removió las tripas. Ya no

quedaba nada, un ejército despedazado en mil partes. La desolación. Algunas tiendas volcadas y saqueadas. Esto era todo, a parte de los cuerpos sin vida. Probablemente algunos habrían escapado, pero eso no era mejor que morir. Se habrían convertido en desertores o derrotados, no podían volver jamás a su lejana tierra sin sufrir la humillación y el desprecio de sus gentes. La gloria sólo se otorgaba a los muertos en combate, otra broma de los malditos dioses. Quizá no eran tan buenos.

Gateando, fue sorteando la maraña interminable de cadáveres y metal. A lo lejos, Augusta Taurinorum se levantaba imponente, ininmutable, presidiendo el espectáculo de muerte. Hacia allí encaminó sus pasos. Volver a su hogar era una quimera inalcanzable. Fue avanzando poco a poco, tragándose el dolor de su muslo derecho, y dejó atrás el campo de batalla. No sabía cuantas horas habían pasado, pero seguramente quedaba poco para el alba. Tenia que darse prisa. Casi sin resuello, llegó a una distancia prudencial de las murallas y se escondió entre unos arbustos tras un pequeño montículo. Ahí estaría protegido de las miradas tanto de la ciudad como del campamento romano. Necesitaba descansar un poco, el esfuerzo y la tensión le habían robado lo poco que quedaba de fuerza en su maltrecho cuerpo de soldado del norte. Notaba el peso de cada minuto y cada segundo sobre sus párpados, hasta que sucumbió y cayó en un sueño profundo.

Sus párpados se abrieron dejando pasar la luz de los primeros rayos de sol hasta su iris. Se tapó la vista con la mano para no deslumbrarse. Se levantó poco a poco, procurando no mover mucho su muslo herido y, renqueante, dirigió sus pasos hacia la puerta de la ciudad, que se erguía a pocos cientos de metros como una boca enorme de piedra que engullía carros de mercaderes y ciudadanos por igual. Se camufló entre la gente, intentando disimular su uniforme manchado de guerra, y entró. El sonido de sus sandalias chocando con los adoquines era música celestial para él. Pensó que los dioses le habían dado otra oportunidad. Quizá no eran tan malos.